
La construcción social de las masculinidades. Un análisis desde la perspectiva de género

María Lucero Jiménez Guzmán

Introducción

Una primera idea que considero fundamental, que ha sido base de la perspectiva de género, es que no nacemos hombres o mujeres; en el caso de los hombres, tema que nos ocupa centralmente en este análisis, ellos nacen machos de la especie humana; [Calligos, 1996] se hacen hombres a través de los procesos de socialización y de construcción de identidades.

Una segunda idea central es que el patrón masculino se conforma según una construcción cultural. La masculinidad tradicional, hegemónica o dominante, como quiera llamársele, es represiva y nociva tanto para los hombres como para las mujeres. La masculinidad no ha sido “pensada” como lo es a menudo la feminidad y esto es así porque el hombre ha sido siempre lo “neutro” de la humanidad, lo dado por hecho, lo que no había que explicar ni confrontar. En cambio, a las mujeres se nos ha asignado ese espacio de excepción, somos, para muchas disciplinas el objeto de exploración, reflexión e intervención. Baste ver la psicología, la demografía y casi todas las políticas públicas referidas al control de la procreación.

Lo masculino se ha definido en negativo, es aquello que no es: lo que no es femenino, lo que no es homosexual. Así por ejemplo, Bonino [2000] establece que los valores masculinos son el paradigma de la normalidad, de la salud mental, de la madurez y de la autonomía, mientras que la mayoría de las anormalidades psíquicas afectan a las

mujeres. En cambio, establece el autor, coincidiendo con otros como Benno de Keijzer, los hombres son los protagonistas de la mayoría de los disturbios de la salud pública (farmacodependencias, suicidios, abusos, violaciones, etcétera). Qué enorme paradoja.

En términos generales diversos autores han dicho que la masculinidad, en cuanto construcción social, supone, entre otras cosas, procesos de socialización que se orientan a construir una identidad que se caracteriza por la demostración permanente de la fuerza, la negación de la vulnerabilidad y de los sentimientos que supuestamente pueden debilitar a los hombres. [Salas y Campos, 2001]

Considero que para la comprensión de procesos como la sexualidad, la reproducción, el ejercicio de la paternidad, entre otros, es necesario incorporar la dimensión de la masculinidad, en cuanto construcción de la identidad de género. Incorporar esta dimensión permite ubicar los aspectos históricos, sociales e ideológicos que sirven de contexto a estos procesos y que dan sentido a la vivencia concreta de la misma. Esta perspectiva de ninguna manera pretende ignorar elementos fundamentales de la biología, de la medicina, o de otras disciplinas que tienen su lugar en el estudio de la sexualidad o de la reproducción, pero sí pretende ponerlas en su justa dimensión.

Esta nueva perspectiva es importante porque nos permite cuestionar supuestos, que durante siglos han permanecido intocables, debido creo yo, sobre todo, a que procesos de desigualdad social, en este caso de género, han sido convertidos de manera deliberada, a fin de per-



mitir ejercicios de poder de diversa índole, en “fenómenos naturales”, intentando, muchas veces con éxito, oscurecer su carácter histórico y social.

En este sentido, hay que poner énfasis en la idea de que lo que denominamos como masculino es una construcción histórica y social. Lo masculino y también lo femenino, que creo debe estar siempre presente en nuestro análisis para poder mantener una perspectiva relacional, es una asignación social que ha hecho el todo social de una serie de comportamientos, actitudes, roles, afectos, etcétera, a un sector de la población: los hombres. Pero esa asignación y la designación correspondiente (lo masculino), son convenciones sociales como muchas otras.

Es decir, masculinidad no es lo mismo que ser hombres. Plantearlo así sería confundir género con sexo. El problema es que la construcción social de la masculinidad ha sido y es tan efectiva que parece natural; es decir, parece que los hombres nacen así y son de determinada manera por tener determinadas características físicas. Es así que los varones, de machos humanos pasan, no siempre fácilmente y sin dolor, a convertirse en hombres. Lo mismo puede afirmarse para el caso de las mujeres y lo femenino.

Algunas características de la construcción social de la masculinidad dominante

En términos generales la masculinidad dominante, pensada como estereotipo, como tipo ideal, que no necesariamente se da en todos los cuerpos masculinos, se conforma con una serie de características, determinadas por la sociedad, la historia, la cultura y el tipo de relación que se establece entre los géneros. Es aceptado que la masculinidad dominante se construye a menudo en oposición, como dije antes, a todo lo femenino, y que además existe permanentemente una connotación en la cual lo “femenino” y las características que lo conforman son asumidos y percibidos como elementos inferiores. Así, la mujer es afectiva, mientras que los hombres son racionales. [Seidler; 1987; 1989.] En segundo lugar, a este nivel se predispone a lo masculino hacia la negación de la ternura, que es característica primordial de lo femenino. Elemento central de “lo masculino” es la lucha contra la debilidad; la heterosexualidad es obligatoria, pues la homosexualidad se acerca a lo femenino.

Otro mandato central de lo masculino es la competitividad y el éxito, llegar a detentar el poder en todas sus acepciones, sobre todo en la esfera pública y derivado de

ello se otorga a los varones un lugar privilegiado al interior de los hogares, en los cuales la mujer y lo femenino ocupan el lugar de lo privado, de lo subordinado, inclusive en casos en los que las mujeres realizan una aportación económica importante en la manutención de la familia.

Por el lado de la reproducción, el acceso a la categoría de “hombre de verdad” incluye la paternidad, incuestionable, para lo cual es central el control de los cuerpos femeninos, así como la clasificación, en los hechos, de las mujeres. La mujer “santa” será la madre, esposa y cuidadora del hogar, las “otras” vistas como anómalas, tendrán el papel de proporcionar placer a estos hombres “de verdad”. [Lagarde, 1993; Cazés: 1996]

La sexualidad masculina “dominante”

La construcción social del género tiene elementos de índole subjetiva e intersubjetiva. El papel de género o de masculinidad, que desempeñan los hombres, tiene que ver con el mundo externo y también con el mundo interno, como sujetos individuales y como sujetos colectivos. Ser hombre implica comportarse de cierta manera, pensar de cierta manera, relacionarse de cierta manera y sentir de cierta manera. Por tal razón, trabajar con el género masculino requiere del acceso a ese mundo interno, el que precisamente guardan con mucho celo. [Salas, 2001] Es necesario dirimir lo masculino tanto en lo real como en lo imaginario. Muchas acciones de los hombres se sostienen en el imaginario, aún cuando las bases objetivas “reales” de su condición estén lejos de soportar la mínima confrontación.

Por ejemplo, en la actualidad en sociedades como las nuestras se está dando un fenómeno digno de ser estudiado con detenimiento. La crisis de diversa índole que están sufriendo los varones al no poder ser los proveedores por lo menos principales de sus hogares, derivado de la crisis, la flexibilización laboral, las fusiones de empresas, el adelgazamiento del Estado, entre muchas otras, que llevan a amplios sectores de varones a sufrir desempleo o disminución laboral, elemento detonador de crisis, sobre todo en ciertos sectores sociales. [Jiménez, *et al.*; 2003]

La sexualidad es, al igual que otras dimensiones, idónea para penetrar y auscultar la masculinidad, así como vemos, por ejemplo, en la violencia doméstica y la paternidad como función social. La masculinidad se manifiesta con connotaciones extremas. La sexualidad es un área en la que los hombres someten a escrutinio y evaluación sus dudas

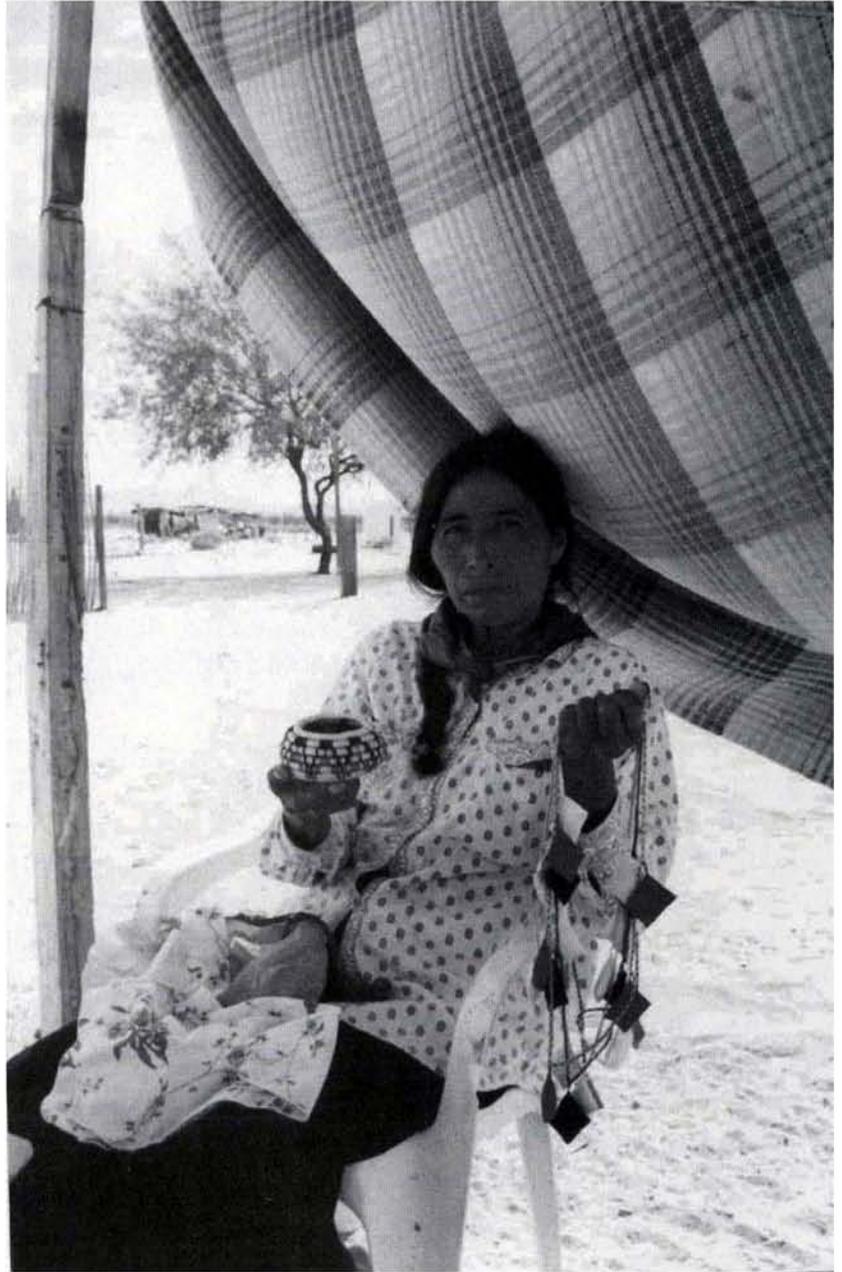


y más angustiantes preguntas acerca de su ser hombres y, sobre todo, de su relación con las mujeres. Así, la sexualidad se torna en uno de los campos de batalla más importantes y determinantes del ser masculino, no solo en relación consigo mismos sino también en relación con otros y otras. La vivencia de la sexualidad masculina debe analizarse en el contexto de los encargos y mandatos que la cultura ha impuesto a los hombres y a las mujeres, específicamente en lo que respecta a este tema. [Amuchástegui y Rivas 1997, Szasz: 1998 a y b]

La sexualidad no es un hecho biológico o instintivo que pueda analizarse considerando solamente elementos del cuerpo y su funcionamiento en el terreno fisiológico. La forma como se piensa y se vive la sexualidad en cada momento histórico está en relación directa con la normativa social y con los intereses políticos e ideológicos de la sociedad. La sexualidad humana ha sido sometida a mecanismos de control social a lo largo de la historia. [Foucault, M.; 1997]

En la cultura imperante, aunque no de forma generalizable, existen formas alternativas de la masculinidad que se resisten, transgreden y buscan nuevas percepciones y manifestaciones de lo “masculino”. Para el varón la sexualidad se define como la obligación de demostrar su masculinidad en todos los espacios donde ésta sea cuestionada. La virginidad y la monogamia son instituciones que se crearon por el varón, por tanto, el varón tiene la posibilidad de tener relaciones sexuales coitales tantas veces como desee y con tantas mujeres como oportunidades tenga. Existe la creencia, asumida por mujeres y hombres en muchas regiones del mundo de que la sexualidad del varón es, “por naturaleza”, distinta de las de las mujeres. [Szasz: 1998; Amuchástegui, 1996; Jiménez, 2003] La gran diferencia es que la de ellos se considera “instintiva”, “incontrolable”, mientras que las de las mujeres siempre está ligada al afecto; de ahí la justificación social y cultural a la infidelidad masculina, mientras que la femenina nos lleva a dos extremos: o la mujer está enferma, o bien como su sexualidad se relaciona con emoción y afecto. Estos actos ponen en cuestionamiento su hogar entero y por supuesto a su pareja. Por otra parte, según esta concepción dominante, la sexualidad del varón en nuestras culturas, está disociada: sexualidad para procrear con la esposa, la madre de sus hijos, y sexualidad para el placer con otra mujer, la licenciosa, la pública.

Derivado de investigaciones en contextos específicos y de las concepciones teóricas más amplias sobre la masculinidad, se ha llegado a concluir que la sexualidad masculina a menudo, se reduce a la genitalización y a un acto de penetración. [Szasz, 1998 a y b; Valdés y Olavarría, 1998 a y b] Así, el trinomio de la sexualidad masculina puede resumirse en: erección, penetración, eyacula-



ción. Esto tiene efectos nocivos para todos y todas: el erotismo a menudo es inexistente, el varón vive pendiente de “cumplir”, el pene se convierte en preocupación constante, el rendimiento es el objetivo, no el placer, a menudo la compañera sexual no es tomada en cuenta, sobre todo si se trata de la esposa-madre de los hijos; los varones que sufren algún tipo de impotencia sexual, en reali-



dad ven cuestionada su virilidad completa, su “ser hombre de verdad”.

Los tratamientos que la industria farmacéutica y la medicina en general dan a estos procesos, en vez de cuestionar supuestos y buscar causas reales de los problemas, contribuyen nuevamente a la genitalización de la sexualidad, ofreciendo remedios médicos que representan grandes negocios para las empresas, confundiendo una ayuda que puede ser valiosa, con un paliativo que más que contribuir a develar los problemas de fondo en la vivencia de la sexualidad y la relación de pareja, lo oscurece, le resta importancia y mantiene un status quo nocivo para ambos géneros.

Algunas ideas sobre los malestares de la masculinidad “dominante”

Los hombres, cuando se les ha preguntado en investigaciones de corte cualitativo, más a profundidad, manifiestan en algunos casos que les es difícil tolerar la incitativa femenina, y preguntan ¿quién te lo enseñó?, como en un intento de controlar un fantasma, perenne acompañante de la masculinidad. Aunque en otras, sobre todo en sectores medios y altos, manifiestan en su discurso el malestar derivado de que las mujeres-madres no están dispuestas a tener una sexualidad más plena, más gratificante o versátil. [Jiménez, 2003]

En forma reiterada, son recurrentes las expresiones acerca de que la sexualidad a menudo es vivida con dolor, presión, angustia y mentira, de forma escindida. [Kaufman, 1989] Cuando así sucede, la dimensión placer no es mencionada por estos hombres. La sexualidad, el placer, la complacencia están como ausentes o al menos alejadas de la vida sexual de la mayoría de ellos.

La competencia, característica fundamental de la masculinidad, tiene un importante asidero en la sexualidad, generando más tensión a su vivencia. La conquista de mujeres y el contacto íntimo con ellas, más que una fuente de placer, es motivo de comparación y elemento central de la evaluación que los hombres asignan a su masculinidad.

Para muchos hombres, que viven acorde con el estereotipo, la sexualidad es entendida como encuentro que termina en lo coital. El placer gira en torno a lo genital y a la penetración, lo demás es pérdida de tiempo.

Muchos, aun asumen la postura de estar siempre dispuestos a una relación sexual, como exigencia. La hombría según el discurso hegemónico de la masculinidad, se demuestra teniendo relaciones sexuales. Respuesta

genital rápida e inequívoca, tienen que mostrar permanentemente disponibilidad. Este también constituye un mandato cultural, derivado de su socialización, de sus experiencias en la adolescencia, en la cual el grupo de pares tiene una importancia crucial, es cuando aprenden a competir y todo estará en este periodo referido al pene, su tamaño, su rendimiento. Deben saber cómo “tratar a la mujer”, cuándo y cómo complacer a la compañera. Uno de los problemas es que ellas, se quejan de lo contrario.

Es interesante observar en las conversaciones entre varones que ellos consideran al pene casi con existencia propia e independencia, que se mueve a su propia voluntad. Pareciera que sus movimientos no tienen que ver con el mundo social o subjetivo del hombre que lo porta.

Algunos resultados de investigación y algunas ideas sobre cambios

En la investigación que realicé entre 1999 y 2000 con varones de sectores medios y altos de la Ciudad de México, utilizando la técnica de “relatos de vida” y teniendo como punto de partida la perspectiva de género, fundamental en el abordaje y análisis de estas temáticas, pude constatar una serie de hipótesis que dieron origen a la investigación y sobre todo pude documentar cambios que considero relevantes.

Uno de los objetivos centrales de mi investigación fue precisamente documentar casos de resistencia y transgresión de normatividades e instituciones imperantes, así como punto de ruptura, de reflexión de las formas tradicionales de la masculinidad, en experiencias y discursos de hombres concretos, como punto de partida para cuestionar ciertos estereotipos, algunos de ellos expuestos en este artículo.

En lo que se refiere al inicio de la vida sexual pude constatar que en la mayoría de los casos, en los hogares de los informantes no se trató explícitamente el tema. En algunos casos se daba por hecho que ellos se iniciarían en la vida sexual y que eso era lo normal; mientras que si había hermanas se daba por hecho o se trataba de construir la “castidad”. En general los entrevistados lograron informarse o “desinformarse” acerca de la sexualidad sin el apoyo de sus padres. En todo caso lo que se hablaba en sus casas, si es que se hacía, era básicamente referido a las consecuencias: embarazos no deseados, enfermedades, etcétera.

Para muchos de ellos la sexualidad representaba un tema de interés, a veces derivado de su desarrollo físico normal, en otros porque en su medio se hablaba del tema

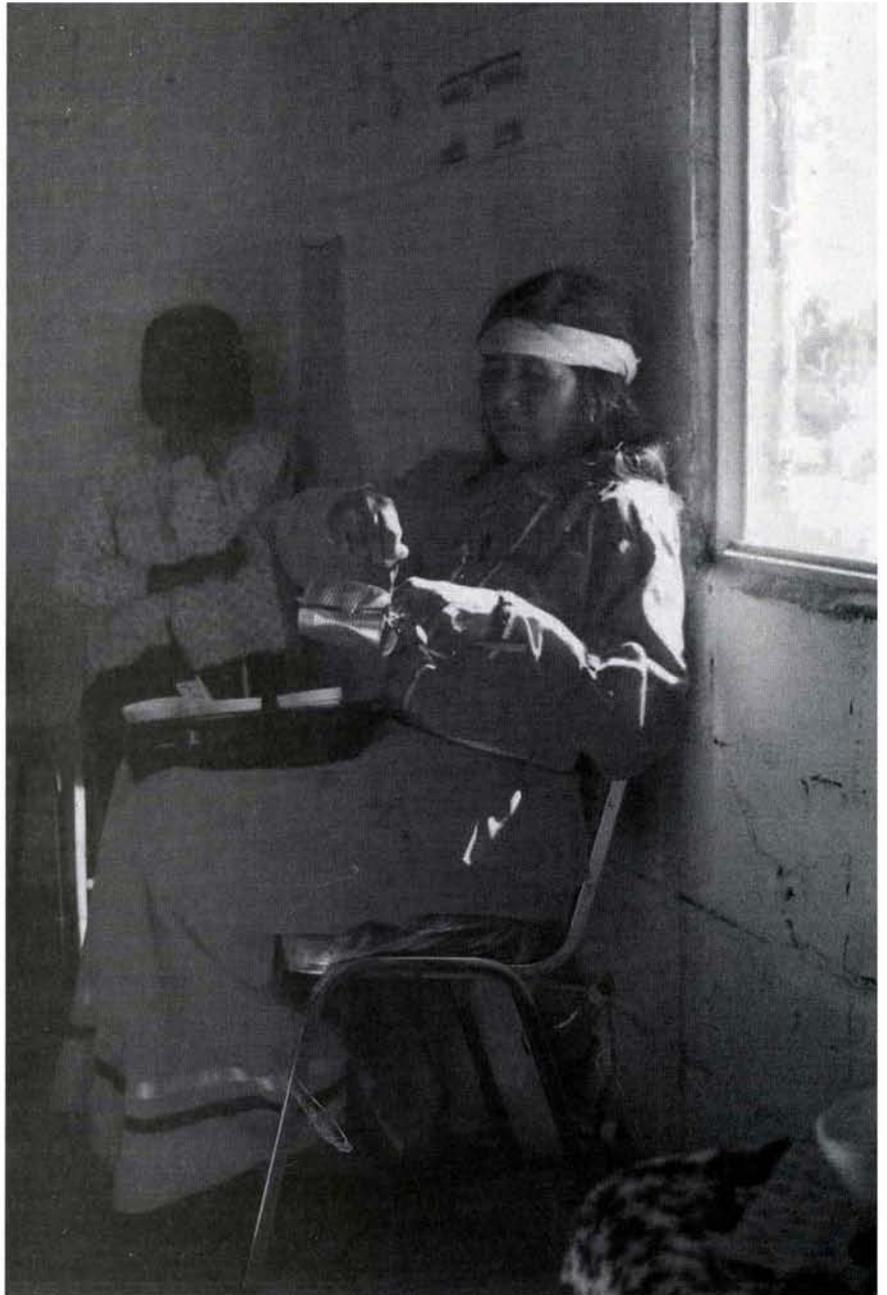
y era como un reto. Es curioso observar que en muchos casos ellos declaran que no recibieron presión alguna para su “iniciación” pero a lo largo de las entrevistas se puede constatar que vivieron un ambiente en el cual la sexualidad sí era una especie de reto y de alguna manera, aunque a menudo matizada, sí vivieron cierta presión o estímulo. Apareció el caso en el que la iniciación se dio tardíamente (de acuerdo a la moda de su generación), pues pretendía llegar “virgen” al matrimonio, como le dijeron que “debía ser” tanto en su casa como en la escuela y la iglesia. Para este sujeto la sexualidad constituyó todo un tema de preocupación y narró que le pareció fascinante recibir aplausos después del acto sexual, y sobre todo, haberlo llevado a cabo en la cama de sus padres.

Algunos de estos sujetos se iniciaron con una sexo-servidora profesional, en algunos casos inducidos por sus padres varones; en otros la iniciación se dio con una amiga o con la novia en turno. En otros, la experiencia se vivió con la futura esposa. En general se pudo constatar que los informantes llegaron a esta vivencia con muy poca información y aunque en su mayoría lo recuerdan como experiencia placentera, es interesante constatar que para la mayoría de ellos no sería deseable que sus hijos y menos aún sus hijas se iniciaran de la misma manera.

En virtud de que la pregunta se vinculó con su percepción acerca del tema en relación con los hijos e hijas, resultó relevante documentar que para ellos en general, salvo excepciones, aunque en una primera instancia declaran que los hijos y las hijas tienen los mismos derechos, cuando se ahondó en el tema se constató que sigue prevaleciendo una cierta “doble moral”. Justifican este hecho hablando de que para ellas la pérdida de la virginidad es un hecho de mayor trascendencia, que tienen miedo de que sufran, incluso físicamente. En general las consideran más vulnerables y están convencidos de que requieren mayor cuidado.

En cuanto a la influencia de los “pares” en el inicio de la vida sexual también existe gran variedad de respuestas. Algunos recuerdan que constituía todo un tema importante, incluso que ejercían cierta presión. En otros casos no recuerdan que los amigos tuvieran importancia o influencia en este proceso de sus vidas.

Resulta relevante el resultado de la investigación en el sentido de que las escuelas no tuvieron ningún papel en cuanto a la información que recibieron los sujetos sobre sexualidad. El papel de esta institución es prácticamente nulo, cuando no desinformador y nocivo, como en el caso del informante educado en escuelas confesionales en las que los instructores le dijeron una serie real-



mente larga de mentiras respecto a la sexualidad, como quedó de manifiesto en su testimonio.

Por lo que toca a sus relaciones con las mujeres, que en algunos de los casos incluyen una relación conyugal y simultáneamente con otras, pude documentar que en algunos casos estas relaciones no son integrales o gratificantes y los sujetos están permanentemente tratando de



cumplir con un desempeño sexual que los define, que los construye cotidianamente como “hombres”. En este sentido el tema de la impotencia, sobre todo en este tipo de sujeto, constituye una experiencia, evaluada por ellos mismos, como lo peor que le puede pasar a un hombre, causa de la depresión más profunda que se puede sufrir.

Sin embargo, también pude constatar que la sexualidad es un terreno de la mayor importancia para la mayoría de los varones. Constituye una parte central de la construcción y armonía de la pareja. La mayor parte de los entrevistados considera que no han vivido su sexualidad como rendimiento, y que para ellos constituye un verdadero disfrute, lo cual cuestiona el estereotipo social en este sentido y nos remite a un tema de la mayor relevancia: la necesidad de realizar investigaciones en contextos específicos y tratar de evitar generalizaciones.

La mayoría de los varones que entrevisté considera que el ideal, es encontrar en una sola mujer a la compañera, la amiga, la madre, la amante y desearían que las mujeres aceptaran tener prácticas sexuales, con ellos, que fueran más versátiles, libres, creativas. La sexualidad implica, para muchos, una real y positiva comunicación con la pareja. Consideran importante que se de una negociación con la pareja en este terreno, pero evalúan que ésta es muy difícil porque la gente no acostumbra hablar abiertamente de esto y se trata de un terreno sumamente delicado. Al hablar se puede incurrir en ofensas que después resultan irreversibles y dañinas. Inclusive, se da el caso de varones que ya renunciaron a tocar el tema y dicen “consolarse” manteniendo relaciones extramatrimoniales de carácter sexual.

Pude constatar que a algunos varones las experiencias vividas a lo largo de su historia los han hecho cuestionarse a sí mismos, y tratar de cambiar, pero a otros no les han servido para cuestionarse, sino incluso en algunos casos, para ratificar ante sí mismos que tienen la razón y que ante las “exigencias” femeninas ellos deben resistir y usar todo su poder para no ser desbancados de su situación de privilegio y ejercicio de poder.

Las propuestas que se han derivado de distintas investigaciones, incluyendo la que yo he realizado, pueden resumirse en la idea de construir una nueva sexualidad que sea integral, que sea alternativa y que parta de la toma de conciencia acerca de cómo, hombres y mujeres hemos sido construidos socialmente, en éste y en todos los terrenos, y de nuestra capacidad de resistir estas normatividades e instituciones que nos han sido impuestas, y que hemos introyectado tan profundamente que nos convertimos, sin desearlo en sus defensores, y, sobre todo, plan-

tearnos la posibilidad de cambiar. Esta nueva concepción de la sexualidad parte de la idea de que este proceso humano tan importante no puede ni debe reducirse a lo biológico ni a lo genital. La sexualidad es la expresión integral del ser humano en cuanto hombre y en cuanto mujer.

Por otra parte, habrá que insistir en que el fin de la sexualidad humana no es la reproducción, la procreación es sólo una de las tantas funciones de la sexualidad. Esto, que parece una obviedad, constituye hoy en México (en donde nos gobierna la derecha y se está tratando de un retroceso histórico sin precedente, donde están cambiando, en los hechos, políticas públicas en las que habíamos logrado avanzar, retrocediendo en concepciones permeadas totalmente por una concepción religiosa católica que se traslada a toma de decisiones), uno de los temas cruciales de los movimientos sociales de derechos humanos, de mujeres, de minorías sexuales, entre otros.

En otro terreno habrá que educarnos para entender, como ya lo han hecho algunos varones y mujeres, que la penetración es tan sólo una de las prácticas posibles de la sexualidad. Existen otras, muy válidas para el placer; que en la sexualidad es fundamental proveer placer sin hacerse daño físico ni psicológico ni a sí mismo ni a otra persona. Esa es la única restricción. Las demás restricciones son innecesarias y son normas al servicio de la dominación y del control social.

Otro postulado central es que no existe una sexualidad natural. La diversidad sexual sería lo más propio y característico de la sexualidad humana. Diversidad en cuanto prácticas sexuales, en cuanto modos de vivir la sexualidad.

La sexualidad es una relación social, por tanto, el establecimiento y constitución de vínculos afectivos es consustancial a la experiencia sexual. La relación con el otro, qué significa el otro para mí, cuáles sentimientos me provoca y despierta, el compromiso afectivo que la relación sexual conlleva, etcétera. constituyen dimensiones fundamentales que deben tomarse en cuenta para la vivencia de una sexualidad integral. El vínculo afectivo no puede reducirse al control político social del matrimonio.

La relación con el propio cuerpo, la aceptación del mismo como algo positivo, el conocimiento de las zonas erógenas, la capacidad para proveerse placer a sí mismo en una actividad autoerótica, etcétera, constituyen también dimensiones fundamentales de la sexualidad humana. El cuestionamiento permanente de valores, creencias y normas en torno a la sexualidad y en relación con la masculinidad y con la feminidad, son también pilares integrantes de una vivencia plena de la sexualidad.



Por último, para una comprensión plena de la sexualidad no puede dejarse de lado la dimensión de la “responsabilidad”. La sexualidad integral implica un acto de responsabilidad, en el sentido del cuidado que debemos tener con nuestros sentimientos, nuestro cuerpo, nuestra salud física y mental; asimismo el cuidado que le debemos al otro. Supone una vivencia de la sexualidad sin culpa, sin inhibiciones, sin restricciones innecesarias, sin vergüenza. Esta vivencia integral de la sexualidad es un proceso inacabado que debe comenzar desde el nacimiento y acompañar al sujeto hasta su muerte. Supone la ruptura ideológica, teórica, axiológica, con el discurso oficial represivo que todos hemos interiorizado y que reproducimos a nivel consciente e inconsciente. Implicaría servicios de terapia sexual, urología, salud sexual y reproductiva con perspectiva de género masculina. [Campos y Arrieta] Para ello los hombres tendrán que despojarse de muchos de los mandatos que los han llevado a ser “muy hombres”, pero poco humanos.

Para muchos y muchas lo más probable es que los varones contemplen los cambios hacia la igualdad como una pérdida de poder y casi de su virilidad. Han sido culturizados para vivirlo así. Pero tal vez llegó el momento en que los propios hombres hagan conciencia de que la masculinidad tradicional, sus mandatos y exigencias, resultan una prisión para ellos mismos. Creo, junto con otros y otras, que la evolución del varón es crucial e indispensable para la transformación de la sociedad. Si la masculinidad tradicional no se transforma, muy poco va a cambiar. Mujeres y hombres de grupos marginados han contribuido al proceso de revisión de presupuestos en los que se ha asentado la masculinidad tradicional. El estado actual de nuestras relaciones no solamente aprisiona a las mujeres, sino que “nos aprisiona en una masculinidad tan rígida que mutila todas nuestras relaciones, entre nosotros, con las mujeres, y con nosotros mismos”. [Segal, 1990; 287] ◆

Bibliografía

- Amuchástegui Ana (1996). “El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación.” *Estudios sociológicos*. Vol. XI, nº 31, El Colegio de México, México.
- Amuchástegui, Ana y Marta Rivas (1997). “Las construcciones culturales de la masculinidad.” *Letra S, La Jornada*, noviembre 6 de 1997, p. 11.

- Bonino, Luis (2000) “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la normalidad masculina.” En Marta Segarra y Angels Carabí (eds.). *Nuevas masculinidades*. I Caria Editorial, Barcelona, España.
- Callirgos, Juan Carlos (1996). *Sobre héroes y batallas*. Escuela para el Desarrollo, Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer, Lima, Perú.
- Cazés, Daniel (1996). “Reproducción y construcción de masculinidades.” En prensa.
- Foucault, Michel (1997). *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, México.
- Hite, Sh. (1976). *El informe Hite. Estudios de la sexualidad femenina*. Círculo de Lectores, Bogotá, Colombia.
- Kaufman, Michael (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. CIPAF. Santo Domingo, República Dominicana.
- Jiménez Guzmán, Lucero (2003). *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. En prensa, CRIM, UNAM. México.
- Jiménez, Lucero; Collin, Laura; Gómez, Marco; Masseroni, Susana y Tena, Olivia (2003). “Crisis de empleo y crisis de masculinidad. Los casos de México y Argentina.” Proyecto de investigación, México, Buenos Aires. Mimeo.
- Lagarde, Marcela (1993). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas y locas*. UNAM, México.
- Moore, R. y Gillette, D. (1993). *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*. Paidós, Madrid, España.
- Salas, José Manuel y Campos, Álvaro (2001). “La masculinidad en el nuevo milenio.” Conferencia inaugural Primer encuentro Centroamericano de masculinidades, Costa Rica.
- (2001). “Psicoerectus: los hombres y su vivencia cotidiana de la sexualidad”. Instituto Costarricense de Masculinidad, pareja y Sexualidad, (http://www.institutowem.org/masculinidad/vio_psico.htm).
- Szasz, Ivonne (1998a). “La identidad de género y las expresiones de algunos varones mexicanos sobre sexualidad.” *Boletín del Programa de Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México*.
- (1998b). “Los hombres y la sexualidad: Aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México.” En Lerner, Susana (ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía, México, pp. 137-162.
- Seidler, Victor (1987). “Reason, desire and sexuality.” En Caplan Pat (ed). *The cultural construction of Sexuality*. Routledge, Londres.
- (1989). *Rediscovering masculinity reason. Language and sexuality*. Routledge, Londres.
- Segal, Lynne (1990). *Slow motion. Changing masculinities. Changing men new brunswick*. Rutgers, University Press.
- Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) (1998a). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. FLACSO, Chile, UNFPA.
- (1998b). “Ser hombre en Santiago: A pesar de todo, un mismo modelo.” En Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. FLACSO, Chile, UNFPA.